

## DISCURSO DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA

EXCMO. SR. TOMÁS SUÑER Y FERRER

Con sincero agradecimiento comparto con vosotros, en nombre de España, esta festividad jubilosa de nuestra Raza. Perú, vástago preclaro del tronco hispánico, por la voz de su gloriosa Universidad Mayor de San Marcos y de su Sociedad de Neuro-Psiquiatría y Medicina Legal, exalta un símbolo de nuestra común cultura al rendir homenaje al genio de Ramón y Cajal.

Vosotros, oradores de hoy, como hace unos días los de la Sociedad Química del Perú, y en fecha próximas otros colegas vuestros, ilustres todos en la cátedra y el libro, dignos abanderados de la ciencia de vuestro país, dentro y allende sus fronteras, soís, en esta ocasión, legítimos y autorizados portavoces de esta dilectísima hermana en la Hispanidad. Versados en el estudio minucioso y profundo del alma y el cuerpo humanos, vuestros discursos acertaron a dibujar de mano maestra, la fascinante imagen del eminente histólogo en todos los aspectos que definen y califican su genialidad: imaginación creadora, tenacidad indomable, emoción de universalidad, obra original, ejemplar y fecunda. Así plasmó la noble contextura física y moral del sabio. Esa estampa bordada por vosotros con luminosos comentarios, esmaltada de nobles conceptos para la Hispania Mater, ha sido, me honro en proclamarlo, el más solemne y jubiloso tributo a este numen egregio de nuestro linaje.

Al ofrecer os mi profundo agradecimiento, os rindo también un fervoroso aplauso por la feliz iniciativa de este certamen académico en el que voces tan prestigiosas han expresado honrosos conceptos para un sabio español. Mi Gobierno y toda España, al tener conocimiento de esta "Semana Cajal", compartirán mi júbilo y emoción. Porque este homenaje es el vibrante e irrecusable testimonio de que los valores espirituales de la estirpe continúan siendo y serán siempre vínculo

vivo y perdurable, signo flameante y gozoso de nuestra indestructible Hermandad.

Con estas palabras de gracias podría cerrarse este acto. Pero apelo a vuestra benevolencia para, a modo de colofón, añadir algunas consideraciones a aquellas con que nos han regalado los anteriores oradores.

Si, aparte la singular jerarquía de Ramón y Cajal como investigador, hubiera de indicar otras virtudes suyas, señalaría la claridad en sus ideas y en la forma de exponerlas; la integridad y abnegación de su magisterio; y su fervoroso patriotismo.

Todo en él es abierto, diáfano, iluminado. No hay zonas oscuras en su vida que hemos llegado a conocer hasta en los aspectos íntimos, generalmente reservados al círculo familiar. Ni las hay tampoco en su pensamiento. Por esto nos sentimos cómodos cuando le acompañamos en su discurrir como quien se sabe asistido de un amigo sincero y leal. Porque no habría claridad sin lealtad. Lealtad para consigo mismo, dándose a los demás tal como fué, sin adobos ni disfraces que llevarán a engaños en los juicios acerca de su persona, su vida, su obra; y lealtad para con los demás, sobre todo con los otros investigadores españoles y extranjeros y con sus discípulos. Pocas veces encontramos entre los genios casos semejantes de renunciamiento total y menos aún la constante expresión de esta dación en nobles y altos conceptos porque no los empequeñece la referencia al "yo" que en el sabio es obligada cuando expone sus creaciones. Al servicio de este anhelo de comunicación, de expresión de sus ideas, de lanzarlas a la pública discusión, utiliza el sabio un lenguaje siempre escueto, ceñido, sobrio, que recomienda una y otra vez a los investigadores. Evita hacer literatura porque no cuadra a lo fundamental de su trabajo y de su misión como escritor científico. Este, según él mismo dice, debe "abandonar la pretensión de estilista exquisito y el fatuo alarde de profundidad filosófica" para buscar orden y claridad. Nos recuerda la recomendación de Gracián: "habla como en testamento: que a menos palabras, menos pléitos". Pero, a pesar de ello, los muchos escritos que Ramón y Cajal nos ha dejado sobre muy diversos temas, nos dicen que su vastísima cultura, su severa disciplina mental, su aguda sensibilidad artística, su capacidad emocional, su exuberante imaginación, le habrían valido con la pluma, de habérselo propuesto, el mismo triunfo que alcanzó con el microscopio. Rada vez el mundo misterioso de los infraorganismos y la vida maravillosa de ese microcosmos en el que Cajal penetró como en un continente virgen, habrán

sido descritos con tan justa precisión y propiedad. El instrumento idiomático rindió en los escritos científicos del maestro toda la riqueza de sus recursos.

Esa claridad de expresión y de estilo fueron en Cajal reflejo de la ponderación, el equilibrio, la limpieza de su espíritu. Y también de su recia moral, airada y tonante cuando fustiga vicios e injusticias, bondadosa y tierna cuando alienta al principiante, arropa al humilde y apoya al necesitado, sea este el individuo o el conjunto nacional. Por esto pudo ser Ramón y Cajal un gran maestro. Constantemente revela en términos conmovedores, su preocupación de perdurar, de dejar "prole espiritual", de promover vocaciones: "Hasta los errores del iniciador le son perdonados o piadosamente explicados si supo formar espíritus capaces de comprenderlos y corregirlos. Quien renuncia a la siembra de ideas se declara egoísta y misántropo. Todos pensarán —si-gue diciendo— que trabajó para su orgullo en vez de laborar para la Humanidad. Y si sus talentos destacan demasiado, aparecerá como algo patológico, cual formación extraña a su raza, a la cual por eso mismo apenas enaltece: especie de bolido intelectual caído del cielo, que brilló un momento, mas fué incapaz de comunicar a nadie su efímero fulgor".

Entre todos los españoles extraordinarios de fin y principio de siglo, fué Ramón y Cajal el que con más tesón se dedicó a formar escuela y a revelar íntegramente a sus discípulos los métodos de trabajo que él mismo creó. No teme que su personalidad y su obra puedan ser un día rebasadas por investigadores modelados en su propio laboratorio. Al contrario, lo desea. "La más pura gloria del maestro consiste no en formar discípulos que le sigan sino en forjar sabios que le superen". "Cómo formar continuadores, genios iniciadores capaces de superar al maestro?", se pregunta. Y a esa idea, obsesionante en Cajal, como si percatado de lo trascendental de sus descubrimientos midiera cabalmente la necesidad de continuarlos, respondió su extenso estudio "*Regla y consejos sobre investigaciones científicas*". Quizá por esquivar términos ampulosos, de los que nuestro genio fué siempre enemigo, no quiso anteponer al título la palabra "discurso" o "libro" como lo hicieron Bacon, Descartes, Liebig; pero sin negar el valor de los primeros, en cuanto a constitución y ejercicio del pensamiento filosófico, y la eficacia formativa del "discurso" del último, estimo que nadie debería iniciarse en la ardua tarea de investigar sin haber leído y releído las normas de Cajal hasta ahora no mejoradas. En esas reglas y consejos ha vertido el maestro, una a una, todas sus

meditaciones y experiencias respecto al investigador, a su obra y a sus métodos. Y el tema es tratado exhaustivamente, porque hasta sus más nimios detalles han sido vividos y sentidos por Ramón y Cajal en el curso de sus casi 70 años de investigación. Ahí han quedado para que todos los estudiosos del mundo puedan captar no sólo la detallada exposición del tecnicismo procesal en materia de investigación, sino la honestidad científica y la nobleza de alma de uno de los más grandes sabios de todos los tiempos.

Para vosotros, científicos, hispanoamericanos, Cajal es el maestro, gloria universal de nuestra común ciencia y cultura. Para nosotros, españoles, es eso y más: un patriota eminente. Dicho con palabras de Gregorio Marañón: "en él se recostaba España en sus horas de dolor".

A fines del XIX España había llegado a la cima de sus desventuras. No lo digo por la pérdida de los últimos florones coloniales que antes de su separación política se habían ya alejado espiritualmente a fuerza de nuestros continuos errores. Nuestra máxima desventura era la propia, la íntima postración. Nada parecía quedar del viejo espíritu heróico. Encanijados por un siglo de luchas políticas, a continuación de otro siglo malgastado en empresas frecuentemente de escaso interés patrio, no había aliento, ni esperanza, ni fé alguna para afrontar los problemas auténticamente nacionales. Aquella gloriosa unidad religiosa, política, idiomática, legada por Isabel, Cisneros y Nebrija, se hundía en el más grave pesimismo. Y fué el traumatismo de la guerra perdida lo que conmovió a algunas mentes señeras entre ellas la de Ramón y Cajal. Ese hombre genial, absorto en la exploración de los secretos celulares desde donde la pobre materia del humano organismo ha de elevarse a la sublimidad del espíritu, galvanizó también las neuronas del patriotismo español. En pleno desastre y apatía, planta su bello gesto romántico que conmueve la dormida emoción de nuestro pueblo: cuando, a raíz de la guerra de Cuba, la Universidad de Clarck, Worcester, le invita a exponer sus doctrinas y descubrimientos, Cajal pone una sola condición que noblemente aceptan los profesores norteamericanos: mientras él ocupe la cátedra habrá de ondear la bandera española en lo alto de la Universidad. Frente al pabellón que arría la vieja política suicida, flamea el que levanta la sabiduría de Cajal.

Y suena por todo el ámbito español su vigorosa voz de profeta. El apostolado científico se hace apostolado patriótico, tenaz, valiente, tanto más exaltado y constructivo cuanto más amarga es la desgracia y más honda la desilusión nacional. Apostrofa a los culpables, in-

crepa a los cobardes, enardece a la juventud. Con todos se encara. A los políticos —“que nos habéis traído a esta triste desventura”— pide que abandonen su estrecho egoísmo de partido y pandilla; que fomenten la moralidad administrativa, el honor y heroísmo del ejército, la protección a la enseñanza, el sentimiento general del deber y de responsabilidad :

A los profesores de todas clases, que trabajen esforzadamente en la creación de una ciencia original y castiza; que se exciten a la tarea con el amor a la Patria; que escriban con gruesos caracteres en la sala de trabajo las amargas frases, las punzantes ironías que les llegan del extranjero :

A los pedagogos, que eduquen a la juventud en el arte de pensar por propia cuenta, con ideas, prácticas y principios fecundos “a cuya aplicación se deben las invenciones”; que creen voluntades enérgicas, espíritus reformadores capaces de llevar la emoción a la idea y la idea al acto; que redoblen la actividad y el celo de “los que se sienten capaces de salir a la lucha en el palenque internacional de la Ciencia”.

A los ingenieros, que se emancipen de la servidumbre extranjera, inventando principios, procedimientos y máquinas nuevas :

A los industriales, que creen industrias nuevas, “los inventos y manufacturas ingeniosas de los países prósperos, donde la ciencia se aproximó a la vida, fortificándola y embelleciéndola, nos empobrecen. Barómetro infalible de este desequilibrio comercial y cultural es la incesante depreciación de nuestra moneda; “es que no podéis construir tampoco una sencilla máquina de coser o de escribir?” “avergonzáos, —les increpa—, de que hasta los más modestos instrumentos de vuestro oficio vengan del extranjero” :

A los comerciantes, que se empeñen en corregir el creciente nivel de la balanza comercial : “ni hay que ser zahorí, les dice, para vaticinar, dentro de un plazo no muy lejano, escandalosa inflación fiduciaria con la consiguiente amenaza de bancarrota” :

A los opulentos aristócratas y capitalistas, emancipados de la honrosa servidumbre del trabajo, les ofrece una misión que cumplir : fomentar la industria, mejorar la agricultura, crear institutos docentes, subvencionar investigaciones, proteger las ciencias y las artes; y acentúa : “la riqueza representa el sobretrabajo del obrero”; “el goce material es el estigma de los pueblos decadentes” :

Y al clero, en fin, exhorta a que se interese también para la prosperidad material de la Patria, pues en ella tendrá el catolicismo “en

vez del flaco y triste Quijote molido a palos por yangüeses librepensadores —son sus propias palabras— un paladín esforzado y vigoroso dispuesto a reverdecer los laureles de Lepanto". ¡Qué bien suenan estas palabras de Ramón y Cajal y cómo llegan al corazón en estos días en que como réplica al ateísmo comunista se han de congregarse en la española Barcelona más de un millón de católicos de todo el mundo!

Y así sigue Cajal un año y otro levantando a España desde su laboratorio y desde su cátedra. Su genio habla con instinto de visionario. Oídle : "No; digan cuanto gusten derrotistas y auguren pusilánimes, el ímpetu de nuestra raza no se extingue fácilmente. Padece-rá eclipses, atonías, postraciones como las que han padecido otros pueblos. De su letargo actual, contristador y deprimente, se levantará algún día, cuando un taumaturgo genial, henchido de viril energía y de un clarividente sentido político, obre el milagro de galvanizar el corazón de nuestro pueblo, orientando las voluntades hacia un fin común; la prosperidad de la vieja Hispania". El pregón de la Cruzada y el anuncio de Franco estaban hechos por boca del más eminente de los españoles de la época. Y lanza, repite, porfía en su consigna : "urge, ante todo, cultivar intensamente los yermos de nuestra tierra y de nuestro espíritu, salvando, para la civilización y riquezas patrias, todos los ríos que se pierden en el mar y todos los talentos que se pierden en la ignorancia".

En la introducción a *"El mundo visto a los 80 años"*, fechado en mayo de 1934, pocos meses antes de la muerte de Cajal, palpita a ratos, la honda tristeza del que por haber andado más camino que los otros se ha labrado su propia soledad. Aflora también la sensación de angustia ante el crecimiento vertiginoso de la moderna cultura frente al estancamiento de la pobre máquina cerebral. Pero su indómita energía, su disciplinada voluntad, su vibrante patriotismo, tenso en la vejez como en los afiebrados días de la manigua antillana, ante el sombrío espectáculo de la escisión espiritual y política del país, le hacen decir con vehemencia : "No es que me asusten los cambios de régimen, por radicales que sean, pero me es imposible transigir con sentimientos que desembocarán, andando el tiempo, si Dios no hace un milagro, en la desintegración de la Patria". Y como teme ser, en este aspecto, excesivamente apasionado, se excusa y escuda en la viveza de sus "españolísimas convicciones". Si Ramón y Cajal hubiera vivido unos años más habría visto una juventud llenando escuelas, campos, fábricas y universidades y cansagrada de lleno a la consigna

que nos dejó. Los ríos no se perderán en el mar ni las inteligencias en la ignorancia. El proceso de industrialización es patente en todas, absolutamente en todas, aquellas ramas que Cajal designó nominalmente, aún respecto de algunos productos cuya fabricación española vió con excepticismo. Porque el esfuerzo ha sido mayor y más fructífero precisamente en el sentido que más interesaba al sabio : industrias químicas, con su enorme gama de aplicaciones que Cajal, vidente una vez más, atisbó certeramente.

Y en cuanto al hombre, a las posibilidades de su espíritu, ¡cómo confortaría el ánimo y las esperanzas del maestro el panorama de nuestras realidades! La defensa física del niño, con índices substancialmente reducidos de su mortalidad; la extirpación del analfabetismo, tan fustigado por Cajal como uno de los grandes y crónicos males de la Nación; la intensa enseñanza primaria y secundaria con marcada tendencia a la formación humanística, clásica en nosotros; la robusta acción universitaria; la enseñanza obrera y artesana, en busca de especializaciones; escuelas de aprendices, de capacitación, de divulgación agrícola y formación laboral; los organismos de formación vocacional y descubrimiento de aptitudes profesionales. . . ., han sido otras tantas fases de esa ancha y honda labor para el cultivo de la inteligencia en todas las ramas de nuestras actividades. Y planeando por encima de todo ello, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas que ha hecho realidad el sueño de Cajal. Se crea en 1939, con el declarado propósito de renovar la tradición científica española, restaurar la tradicional unidad de las ciencias, impedir la escisión entre las ciencias especulativas y las experimentales, formar un magisterio del pensamiento hispano, crear un nuevo instrumento para la cultura universal, vincular la ciencia a los intereses espirituales y materiales de la Patria. Ahí tenéis en el texto oficial que dió vida legal al Consejo el programa cajaliano en toda su integridad. De los varios patronatos que integran el Consejo, uno, el de Ciencias Médicas y Biológicas, lleva como un estandarte, el nombre del glorioso maestro. De él dependen 11 Institutos que abarcan todas las actividades científicas relacionadas con la medicina, desde la antropología y enología hasta la parasitología y la bioquímica. Y en cuanto a la investigación técnica el "Patronato Juan de la Cierva", también con su constelación de Institutos, despliega actividad intensísima. Con cuánta complacencia tendría Cajal en sus manos los estadios para microscopios, de fabricación española, producidos por el "Instituto Leonardo Torres Quevedo" de instrumental científico. Como Cajal quería, es ya un hecho la aplicación industrial de

los avances y beneficios obtenidos en la investigación para que no quedaran en infecundo éxito de laboratorio. Las mismas empresas montan ya sus grandes centros de investigación, como la serie de laboratorios e instalaciones complementarias para trabajos físicos y químicos de la "Empresa Nacional Calvo Sotelo". Un español por muchos títulos benemérito, Juan Antonio Suarez, ha hecho notar cuán favorable es el actual proceso transformador y creador de nuestra estructura industrial para la organización de la investigación aplicada, continuamente estimulada por requerimiento del sector industrial. De aquel modesto laboratorio madrileño que dirigió Ramón y Cajal a las instalaciones de muchos de nuestros Centros —el de la Grasa, el de Biología Marina, el de Fermentaciones Industriales, por ejemplo— va un mundo. Podemos proclamar que ha desaparecido el investigador solitario, apesadado, como lo fué Cajal por toda suerte de limitaciones instrumentales, documentales y económica. ¿Hasta dónde habría llegado el genio de Cajal si en la plenitud de su fuerza creadora hubiera contado con esos medios?

Perdonadme, señores, si por lo atractivo del tema he abusado de vuestra atención. Quise señalaros que España en veracidad no fué sorda a los clamores del sabio; y que hemos comenzado, con alborozado entusiasmo, la cosecha ubérrima que su patriotismo preparó. Mucho se ha hecho; mucho nos queda por hacer porque la empresa es magna. Pero no hay ocasión para descansos ni desmayos, porque hemos recobrado la alegría de servir; que la grandeza y prosperidad de la Patria, de nuestras Patrias, debe ganarse, como Cajal quería, con el afán de todos los días y de todos sus hijos.

---